

dras!... ¡Pero, cuán débilmente esta vez!... ¡Oh!
 ¡Cuán débilmente!... ¡Ah! ¡Cómo pesa la piqueta
 en sus manos trémulas!... ¡Ya no puede más!...
 “¡No puede más!”... La deja caer... Y él perma-
 nece de pie, con los brazos colgando, con la mira-
 da extraviada... con los ojos clavados en los ojos
 de las muertas que le miran confundidas entre los
 escombros que le rodean al terminar su sacrilega
 obra. ¿Cuántas horas lleva trabajando? Los rayos
 oblicuos del sol han ascendido a lo largo de las pa-
 redes para desaparecer al fin; y la claridad que les
 sigue se ha extinguido a su vez. Y las tinieblas lo
 invaden todo. Y llega la noche... Raimundo yace
 en las gradas del altar, hasta el cual se ha arras-
 trado, envuelto en las sombras de la noche que
 tiende sobre su agonía velos tan negros como los
 de las “mamaconas”, y cierra los ojos para dor-
 mir o para morir... ¡Puesto que María Teresa ha
 muerto!...

CAPÍTULO ÚLTIMO

EN EL QUE QUEDA DEMOSTRADO QUE LOS ENAMORA-
 DOS NO DEBEN DESESPERAR NUNCA DE LA
 PROVIDENCIA

UNA mañana que el vaporcito del lago Titicaca
 pasaba a la vista de las islas, comenzó a ha-
 cerle señas un arrogante indio quichúa que estaba
 de pie en su piragua de “totora” y que, bajo su
 poncho, agitaba desesperadamente los brazos. El
 barco acortó la marcha y el capitán, comprendien-
 do que se trataba de salvar a un blanco que sin
 duda yacía en el fondo de la lancha, consintió en
 detenerse. Así fué como Raimundo Ozoux volvió
 al mundo civilizado.

Después de una fiebre que le hubiese llevado al
 sepulcro sin remisión, de no haberse hallado preci-
 samente en el país en donde el mundo aprendió a
 curarla, se despertó en el modesto lecho de un co-
 merciante en lana de alpaca de Puno, el cual se
 encontraba a bordo del “Yavari” en el momento
 en que izaron el pobre cuerpo de Raimundo, que

temblaba de fiebre, y se había compadecido de él. El indio contó que la noche anterior había encontrado al extranjero—algún turista sin duda—en medio de las ruinas de la isla santa, perdido, abandonado y moribundo. Le había dado a beber “agua rosada” (1) y le había transportado a su piragua, con la esperanza de encontrar al “Yavari” al amanecer. Después de contar lo que antecede, el indio se alejó, sin querer aceptar ninguna recompensa. Indudablemente era muy honrado, porque, al registrar a Raimundo, encontraron en sus bolsillos una importante cantidad, y nadie pudo explicarse cómo el quichúa no le había robado.

Cuando el enfermo estuvo en estado de comprender lo que se decía en torno suyo y le contaron el incidente del indio, no dudó ni por un momento de que el generoso quichúa cuyo retrato le hicieron fuese Huáscar.

En su cualidad de sumo sacerdote del Templo de la Muerte, Huáscar se había visto obligado a volver a aquellos lugares malditos para cumplir sus deberes sacerdotales, y había descubierto allí a Raimundo, las huellas de su sacrílega empresa y los cadáveres de los tres guardianes del Templo en las gradas de la capilla de la Luna. La cólera fría y calculadora del indio inventó entonces para Raimundo el peor de los suplicios: el de dejarle vivir habiendo muerto María Teresa.

Pero el joven estaba decidido a no soportar por mucho tiempo este suplicio. La idea de que hubie-

1) Agua de quina.

se podido salvar a María Teresa y de que ésta había sucumbido por su culpa, por su falta de sangre fría, le era insoportable; y se daba cuenta de que jamás podría rechazar aquella idea, de que le atormentaría siempre, de que acabaría por matarle, y pensaba que era mejor acabar cuanto antes.

Pero no quería morir en aquellas sombrías montañas, testigos de tantos horrores. La imagen de María Teresa, que no se apartaba de su mente, no se parecía, desde que decidiera reunirse a ella, a la trágica figura de momia viviente que se le apareciera por encima de la losa... sino a la silueta de aquella muchacha que, tranquila, serena, feliz, se ocupaba de sus asuntos comerciales en las oficinas del Callao, rodeada de sus libros de asientos. Allí era en donde la habría vuelto a ver después de una larga ausencia; allí era en donde ella le había dicho por primera vez: “¿Me quieres?” y allí era adonde iría a buscarla para morir.

La idea de esta muerte le devolvió la salud en el acto. Después de manifestar su gratitud a su huésped, tomó el primer tren que salía para la costa, para Mollendo, en donde pensaba embarcarse en algún vapor que zarpara con rumbo al Callao. El viaje le pareció largo; al pasar por Arequipa, vió desde lejos la casita de adobes, y pensó en lo inútil de sus gestiones cerca de aquel bandido de García, y, por primera vez desde que había salido del Templo de la Muerte, se preguntó lo que habría sido de sus compañeros de viaje, de su tío Francisco Gaspar, del marqués y de Natividad.

Tal vez hubiesen muerto también, condenados a

algún terrible suplicio, en las galerías de las tinieblas, en la Casa de la Serpiente. ¡Pobre tío Francisco Gaspar, que no daría ya más conferencias! ¡Pobre Natividad, que no volvería a ver a Jenny la obrera! Pero, si habían muerto, el marqués, por lo menos, no había experimentado el tormento de asistir, impotente, al martirio de sus dos hijos.

Al llegar a Mollendo, Raimundo, no obstante el temporal que reinaba, se dirigió inmediatamente al embarcadero, en donde vió dos sombras que vagaban por la playa. Sin embargo, como corrían hacia él haciendo señas, tuvo que reconocer que aquellas sombras eran dos personas vivas: ¡el tío Francisco Gaspar!... ¡Natividad!...

Aunque la expresión de sus rostros fuera de las más tristes, no parecían haber sufrido mucho. Raimundo les estrechó la mano, sin preguntarles lo que les había sucedido. En cuanto a ellos, veían al joven tan pálido y tan abatido, que no se atrevieron a decirle una sola palabra acerca de María Teresa y de Cristobalito.

Los tres caminaron durante algún tiempo, absortos en sus pensamientos. Al fin, el tío Ozoux, le preguntó a su sobrino:

—¿Y el marqués, no sabes lo que ha sido de él?

—Le creía con ustedes — respondió Raimundo con una entonación que revelaba la mayor indiferencia hacia las cosas de este mundo.

DULCÍSIMA APARICIÓN

ENTONCES fué cuando Natividad explicó, sin que nadie se lo pidiese, que después de la funesta tentativa de la Casa de la Serpiente, ambos, M. Ozoux y él, habían sido encerrados en un calabozo, en el que permanecieron cuatro días, y en el que el ilustre miembro de la Academia, pudo darse exacta cuenta de la realidad de su aventura. Al cabo de estos cuatro días, encontraron abierta la puerta de su prisión y se escaparon sin haber tenido tiempo de preguntar por el marqués. En aquel momento, en efecto, todos los indios abandonaban precipitadamente a Cuzco y huían a la montaña. Ignorando qué nueva catástrofe acababa de ocurrir, Natividad y Francisco Gaspar se marcharon a Sicuani, en donde tomaron el tren y se enteraron de que precisamente aquella catástrofe era lo que les había salvado. Veintemilla acababa de sorprender y de “sentar las costuras” a las tropas de García, indisciplinadas y embrutecidas por las fiestas del “Interaymi”. Millares de qui-

chúas, soldados y paisanos, fueron expulsados de Cuzco en el espacio de unas horas por los cuatro escuadrones de caballería que habían permanecido fieles al presidente de la República y al frente de los cuales había combatido éste para intentar atraerse nuevamente, merced a un esfuerzo supremo, los favores de la fortuna. Aquellos quinientos hombres de sangre española, habían vencido a los incas como en otro tiempo los venciera Pizarro en aquel mismo valle de Jauja y al pie de aquellos mismos muros que presenciaban con la impasibilidad de las cosas insensibles, la lucha de razas.

García tuvo que huir a Bolivia. Se disponía a saltarse la tapa de los sesos cuando una revolución que estalló en el Paraguay le reconcilió con la vida y le animó a cruzar la frontera del Paraguay, acompañado de todo su ministerio peruano, con gran alegría del presidente de la República de Bolivia.

Natividad y Ozoux salieron de Sicuani y ya no se detuvieron hasta llegar a Mollendo, en donde esperaban encontrar al marqués, en el caso de que el nuevo cambio político hubiese abierto también las puertas de su prisión. Por lo que hacía a Raimundo, que había logrado huir, no esperaban verle hasta llegar a Lima, adonde habría regresado "después de intentar lo imposible para salvar a María Teresa".

Esta era la primera vez que pronunciaban su nombre desde que habían encontrado al joven. Raimundo vió que le miraban con verdadera an-

gustia. El rostro del tío Francisco Gaspar expresaba un dolor conmovedor. "¡Tío, ha muerto!" Y se arrojó en sus brazos. Francisco Gaspar lloró y abrazó a su sobrino con inmensa, con verdadera ternura. Raimundo se apartó de él, sollozando, y le dejaron alejarse a lo largo de la playa, en donde la marejada les tenía prisioneros desde hacía diez días. El Pacífico les traicionaba a su vez, y se oponía a su embarque.

—¡Pobre Raimundo!... ¡Pobre María Teresa!... ¡Pobre Cristobalito!... — gemía Francisco Gaspar. Había sido preciso que ocurrieran todas aquellas desgracias para que se mostrase en toda su desnudez el excelente corazón del tío Ozoux, atrofiado en otro tiempo por el abuso de la fría y perniciosa literatura oficial. Arrepentíase amargamente de haber adoptado, al principio de la expedición, y hasta en el mismo Cuzco, una actitud indiferente que había indignado, con justo motivo, a sus compañeros; pero, ¿cómo hubiese podido sospechar?... ¡Una cosa tan horrible!... ¡Aquella pobre muchacha!... ¡Aquel niño!... ¡Era espantoso!... ¿Quién lo hubiera creído?... ¡En Francia no le creerían! ¡No le creerían... aunque hablase de ello en conferencias con proyecciones y pruebas en apoyo de sus palabras... no le creerían! ¡Era horrible! Lloraba, y Natividad lloraba también. "Esta vez—decía el policía—será preciso que Veintemilla me escuche. Nos vengará; ¿qué digo? Ya nos ha vengado con sus victorias. El Perú le debe todo. Es un grande hombre. ¡García nos hubiese hecho caer en la barbarie! Bien lo ha pro-

bado en esta ocasión, y hemos estado a punto de ser sus víctimas”.

Pasaron otros ocho días. Mientras estuvieron esperando el vapor del Callao, Ozoux y Natividad vigilaron la desesperación de Raimundo, pero éste aparentaba una calma que les engañó y, cuando estuvieron a bordo, Natividad y Ozoux se permitieron interrogarle acerca de los terribles acontecimientos a que había asistido. El joven les contó todo lo que había visto en el Templo de la Muerte y la agonía de María Teresa. Esta narración, hecha con una voz dulce y singularmente tranquila, fué escuchada con horror por Natividad y Francisco Gaspar, el cual huyó inmediatamente a su camarote, en donde se encerró para llorar, sin que nadie le molestase, sobre su librito de memorias que debía perpetuar tan extraño relato.

Raimundo, apoyado en la borda, veía aproximarse aquella costa a la que abordaron hacía poco tiempo con tanta alegría, y en la que dentro de una hora iba a morir. ¡Ah! ¡El Perú de Pizarro y de los Incas! ¡El país fabuloso del oro y de la leyenda! ¡La tierra de su ambición juvenil y de su amor! ¡Murió su amor! ¡Murió su ambición! ¡Sólo vivía la leyenda, de la que él se mofara! ¡La leyenda, que había matado su amor y su ambición, y que iba a matarle a él después de haber asesinado a María Teresa, por haberse reído de lo que contaban las dos venerables ancianas desprendidas de un cuadro de Velázquez, y que parecían levantarse con tanta dificultad: la tía Inés y la

dueña Irene que referían tan curiosas historias a propósito de “la pulsera del Sol de oro!”...

Lo mismo que la primera vez, él fué el primero en saltar a la pequeña embarcación del botero alborotador, pero en esta ocasión no necesitó preguntar dónde estaba la calle de Lima. Y sus ojos no se apartaban un instante de aquel punto de la ciudad al que en otro tiempo corriera con el corazón henchido de esperanza, en el que en otro tiempo le esperaba María Teresa!

¡Ay! ¡hoy, no bien desembarca, sube sin prisa por las angostas callejuelas, penetra en el laberinto por ellas formado, se desliza bajo la sombra de los porches y llega al fin a la plazoleta, desde la cual se ve la baranda!... Allí había oído su voz adorada, allí iba a recogerla todas las tardes, allí tué a buscarla un día y no la encontré... Ya no volvería la pobre María Teresa... ya no se doblaría, bajo el peso de los libros de caja, su grácil talle ceñido por la cadena de oro de la que pendía el lapicero que usaba para tomar apuntes... Ya no la oiría discutir con su voz clara el precio y la calidad del guano... Ya no se asomaría a la ventana para verle llegar... Y Raimundo se adelanta, y, de repente, se detiene y vacila. Se lleva la mano al corazón. ¡Ah! ¡se siente morir! ¡Tanto mejor! ¡No ha venido más que para eso!...

Esa aparición, allí, en la ventana de la “veranda”, le hace sufrir demasiado... ¡Se ahoga!... ¡Es la más cruel de las alucinaciones!... o bien, tal vez sea que las almas, después de la muerte, vienen a vagar por los lugares que les fueron queridos...

porque Raimundo ve la sombra de María Teresa... ¡y estas sombras tienen indudablemente el poder de aparecerse a aquellos que las han amado!... ¡La sombra de María Teresa está en la ventana!... ¡Señor, qué palida está... qué expresión de tristeza tienen las sombras de los muertos que vienen a pasearse por la tierra...!

Se inclina como en otro tiempo... vuelve la cabeza como en otro tiempo... hace los mismos movimientos que en otro tiempo... pero sus movimientos son los movimientos de una sombra... Y Raimundo apenas se atreve a murmurar: "¡María Teresa!", por temor a que la sombra desaparezca, a que la dulcísima aparición se desvanezca al sólo eco de su voz... Adelántase con precaución... Deslízase con la prudencia de un niño que se dispone a coger una mariposa y que teme verla echarse a volar... Y su corazón late, su corazón late... su corazón se dilata... su corazón va a hacerse pedazos... porque de los labios de la sombra se escapa un grito:—¡Raimundo!

—¡María Teresa!...

Y una vez más se hallan el uno en brazos del otro...

El joven abraza a la adorada sombra y no sospecha que ella, lo mismo que él, tal vez crea estrechar entre sus brazos sólo una sombra... ¡Han sufrido tanto los dos... ¡Han sufrido tanto!... Desfallecen el uno en brazos del otro... Caerían al suelo si no los rodeasen, si no los sostuviesen... Allí están las bondadosas ancianas, Inés e Irene, que, sollozando, sostienen a María Teresa por el

talle. Y el marqués, más animoso, sale corriendo a la calle y vuelve con Raimundo colgado de su brazo, y todos lloran, lloran... Cristobalito es el único que no llora; salta loco de gozo en la puerta del despacho, al ver a su amigo Raimundo, y palmorea alegremente, diciendo:

—¿No te decía yo, María Teresa, que no había muerto?... ¡Ahora te curarás!... ¡Te curarás!... Y María Teresa, en los brazos de Raimundo, murmura:

—¡Ya sabía yo que de volver, vendría aquí!... Pero, ¿eres tú efectivamente?... ¿Eres tú, Raimundo mío?

—¿Y tú, María Teresa?... ¿Es a tí verdaderamente a quien estrecho entre mis brazos?

—¡Oh! María Teresa ha estado muy mala y creímos que se moría—dice Cristobalito, mientras las dos ancianas lloran y el marqués se suena—pero la hemos curado, diciéndole que Raimundo no había muerto. Yo le decía: "¡Ya' verás! Huáscar le habrá salvado también"... Huáscar nos ha salvado a todos, a todos. Habrá que quererle mucho cuando vuelva a casa... Papá lo dice: a no ser por él, hubiésemos muerto todos... ¡Pero ahora no hay que pensar en morirse!

EL SUMO SACERDOTE HA CUMPLIDO SU PALABRA

MARÍA Teresa había querido ver por última vez su despacho antes de morir, el despacho al cual iba Raimundo a buscarla. Y Raimundo ha vuelto... ¡María Teresa ya no desea morirse!... ¿Cómo había podido salvar Huáscar a María Teresa? ¡Raimundo estaba seguro de que antes de que él se desmayase en el Templo de la Muerte, después de sus desesperadas tentativas, María Teresa habría tenido tiempo de sobra para morir asfixiada!

—¡María Teresa—le dijo—te ví cuando te metieron en la tumba!

—¡Estabas allí!—exclamó ella, con repentina energía, evocando el espantoso drama, a despecho del marqués y de las tías, que hacían señas a Raimundo y que querían impedirle hablar de lo pasado...—¡Sí, estabas allí!... para salvarme, ¿no es verdad?... Mis ojos se abrieron de repente, porque sabía que tú estabas allí... sentía tus ojos en mis ojos... ¡y los abrí! ¡Y los infames cerraron la tumba!...

—¡Calla! ¡Calla, María Teresa, te lo suplico!— dijo el marqués.—¡Es preciso olvidar todo eso!... ¡Es preciso no volver a hablar de todo eso!...

—¡Sí, sí!... Ahora Raimundo está aquí... ¡Ya no hay peligro!... ¡Es preciso que Raimundo sepa!... ¡Me encerraron en la tumba!... ¡Ah!... ¡Seguramente verías que yo estaba como muerta!... Desde que me separaron de mi Cristobalito, que lanzó aquel grito terrible cuando Huáscar me lo arrebató de los brazos, puede decirse que yo estaba ya muerta... Creí que iban a matarle... En vano Huáscar me había dicho que respetarían su vida... Yo no creía a Huáscar... y cerraba los ojos para morir... los cerré en cuanto entré en el odioso Templo... y los abrí cuando comprendí que estabas allí... ¡Qué ibas a hacer para salvarme?... Porque yo sabía que tú lo intentarías todo... ¡todo!... ¡Ah, amor mío!... ¡Hasta en la tumba esperaba en tí!... Durante los instantes terribles que pasé allí, en el dominio de los muertos, no me abandonó un punto el pensamiento de que tú me salvarías. No me dejarías morir así, entre aquellas piedras... y te esperaba... te esperaba, yo, a quien la muerte aprisionaba ya entre sus brazos... y luego, sentí que empezaba a ahogarme... y entonces me dije: “¡Vendrá demasiado tarde!... ¡Demasiado tarde!... ¡Cuando llegue ya estaré muerta!”... Bajo mis bandeletas, mi pecho se alzaba, mi boca buscaba el aire que comenzaba a faltarme... ¡Oh, papá! ¡Papá querido!... ¡Déjame que se lo cuente a Raimundo, ya que todo acabó!... Ya que estoy viva... Ya que viviremos...

y nos amaremos... ¡Yo me ahogaba... y empezaba a sentir en los oídos extraños zumbidos... cuando de repente, el muro se estremeció en torno mío! Golpes sordos hacían retremblar la montaña que me servía de sepulcro... ¡Es él!...—me decía yo.—¡Es él!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Que se dé prisa!... Mis ojos se abrieron de par en par en las tinieblas, buscando la luz... y después de un último golpe espantoso contra el muro, entré la luz. Yo cerré los ojos gritando: “¡Raimundo!” Sentí que tiraban de mí por detrás. Volví a abrir los ojos. ¡Me encontré en brazos de Huáscar!... De Huáscar, que me apretaba fuertemente contra su pecho, y cuyo rostro alterado por la pasión se inclinaba sobre el mío, y cuya mirada de fuego me abrasaba... ¡y yo me pregunté por qué Dios no me había dejado morir!... El indio me llevó a un oscuro corredor iluminado por una antorcha, y allí comenzó a despojarme de las bandeletas. Cuando tuve las manos y los brazos libres, me echó sobre los hombros la túnica de piel de murciélago que me habían quitado al entrar en el Templo de la Muerte.

Yo le miraba con espanto, como una esclava a quien nada puede salvar de su amo. Pero, Huáscar me anunció con voz ronca que nada tenía que temer de él, y que él era quien me había salvado. Yo no podía creer a Huáscar. Le miraba mientras colocaba en la sepultura de donde me había sacado una momia igual a las que se encuentran en nuestros “panteones” y cerraba el nicho que había ahondado y preparado de antemano en lo po-

sible, sin despertar sospechas: "No hay sacrilegio—dijo—puesto que el dios tiene las esposas que necesita".

Se volvió hacia mí, e, instintivamente, retrocedí.

—Te inspiro miedo—me dijo... —Sabe, pues, que a no ser por mí, hubieses muerto y que yo había dispuesto todo para salvarte. Y no me des las gracias, porque he hecho esto porque te amo...

Yo retrocedí más aún, o mejor dicho me arrastré, abatida y sin fuerzas, hasta quedar fuera del alcance de sus brazos, que se tendían hacia mí.

—También otros te aman—continuó—y hubiesen querido salvarte... y han hecho todo lo posible para perderte... "¡Me he visto obligado a destruir todos sus planes", porque los quichúas te hubiesen ofrecido al dios muerta si no hubieran podido conservarte viva.

Yo no creía a Huáscar. Le dije:

—¿Qué has hecho de mi hermano?

—¡Vas a verlo—me contestó—ven!

Y como no podía dar un paso, me cogió entre sus brazos y se internó conmigo en las galerías de las tinieblas, que no deben tener ningún secreto para él.

Yo sentía contra mi cuerpo los latidos de su corazón, y tenía más miedo que cuando estaba encerrada en el nicho del Templo de la Muerte.

Al fin abrió una puerta, y resonaron dos gritos de alegría. Me encontré enfrente de Cristóbal y de papá, que me cogieron de los brazos de Huáscar y me cubrieron de besos. El indio dijo:

—Le prometí a usted devolverle su hija y su hijo, "señor", y aquí están. ¡Ahora ya no corren ustedes ningún peligro! ¡Un inca no falta jamás a su palabra!

Dicho esto, saludó, y no le hemos vuelto a ver... He querido contarte todo esto, Raimundo, para que si por casualidad encuentras alguna vez a ese hombre, "sepas lo que le debemos"...

Al oír estas últimas palabras, el joven se estremeció y estrechó nerviosamente la mano de María Teresa.

—¡Oh, María Teresa! —dijo con voz trémula—"yo sé lo que le debo". Te ha salvado, me ha salvado... y yo le juré que si te salvaba no serías mi mujer.

—¡Raimundo! ¡Raimundo mío! ¡Ya lo sé! ¡Se

lo dijo Huáscar a papá!... ¿No es verdad, papá, que te lo dijo?... ¡Oh! ¡Papá te explicará lo que tanto te preocupa!... ¡Es una tontería!...

—Tal vez te haya salvado por ese juramento—dijo Raimundo con expresión sombría...

—A pesar de ese juramento, querrá usted decir—interrumpió el marqués.—Huáscar lo consideró como un insulto. Una noche en que, hallándome en la isla a donde me llevaron prisionero en pos del cortejo de María Teresa, me encontré a solas con el hombre a quien yo acusaba de todas nuestras desgracias, quise escupirle al rostro todo mi odio y mi desprecio, pero no me dió tiempo. Atajó mis primeras invectivas para hacerme conducir a una gruta próxima a la playa, a donde fué a buscarme al poco tiempo, y en donde yo esperaba morir a sus manos. Allí me explicó friamente que no había cesado un instante de trabajar para salvarnos de nosotros mismos y de nuestras imprudencias, que todo estaba preparado para nuestra huída, que pronto me entregaría mis hijos, y que yo no tendría que hacer más que embarcarme con ellos a la noche siguiente en su piragua y confiarle a los dos indios que me había dado por carceleros y que le eran fieles hasta la muerte.

Su acento era tan solemne que ni por un momento sospeché de su buena fe. Nada le obligaba a mentir, puesto que éramos sus prisioneros. Le tendí la mano, pero él no la estrechó. Entonces fué cuando me habló del singular juramento que le hizo usted una noche en Arequipa: “Yo no conozco a ese muchacho—me dijo—e ignoro por qué me ha

hecho semejante proposición. La “señorita” es libre, y yo no puedo disponer de su corazón. No me corresponde a mí apoderarme de él; ni entregarle a otra persona, ni reservármelo para mí. Es preciso que todo esto lo sepa ese muchacho a quien nunca he hecho ningún daño y que me ha insultado. Yo le perdono”. Se disponía a salir, y como yo intentase darle nuevamente las gracias, porque tenía la seguridad de que haría cuanto estuviese en su mano para salvarnos, me interrumpió diciéndome:

—Dé usted gracias a aquella que está en el cielo y que fué la “señora” de la Torre, y no le agradezca usted nada a Huáscar, que a cambio del servicio que ha de prestarle, no pide más que una cosa: que no vuelva usted a hablar de esto. “Es preciso que la memoria del sacerdote supremo del Inca no quede deshonrada”. Así habló Huáscar. ¡Puede usted casarse con María Teresa, Raimundo!...

En esto se presentaron el tío Ozoux y Natividad. Por el camino se habían enterado de que el marqués estaba de regreso en Lima, de que aquel día le habían visto en el Callao y de que, no se sabía por qué milagro, se había traído consigo a María Teresa y a Cristobalito, y llegaban desalados.

¡FIGURÉMONOS QUE HEMOS SOÑADO!

Y ahora reían, lloraban de sorpresa y de alegría, y se abrazaban unos a otros. En vano las dos venerables ancianas quisieron llevarse a María Teresa y sustraerla a todas estas demostraciones: María Teresa les hizo comprender que la alegría general era la mejor medicina para recuerdos tan espantosos:

—¡Es una pesadilla!... — dijo — ¡figurémonos que todo ha sido una pesadilla!...

—¡Sí, debemos figurárnoslo! — afirmó el marqués.—He visto a Veintemilla y se lo he contado todo; nos ruega que nos figuremos que lo ocurrido ha sido una pesadilla. Nos lo pide por patriotismo. En cambio nos ha prometido ayudarnos en la liquidación de nuestro negocio de guano y en la venta de nuestras concesiones. La boda de María Teresa y de Raimundo se celebrará en Francia, si ninguno de ustedes tiene inconveniente en ello; regresaremos después, para ensayar el sifón del ingeniero Ozoux en las antiguas minas de Cuzco, cuando tengamos la seguridad de que los que in-

tenten visitarlas no se expondrán a tener tan espantosas pesadillas.

—¡Ah! Si me hicieran caso, le aseguro a usted que pronto se haría la luz en las “galerías de las tinieblas”—exclamó Natividad;—pero no, seguimos con el sistema de siempre... no quieren ver nada, se tapan los ojos... aun después de una aventura tan horrible en la que todos nosotros hemos estado a punto de perder la vida. Veintemilla, que debía escarmentar de una vez a los indios, les dice a ustedes que se figuren que lo ocurrido ha sido una pesadilla.

Y el pobre Natividad alzó los brazos al cielo, con ademán de desaliento.

—Señor Natividad, es usted muy descontentadizo—declaró el marqués.—Pero tengo que darle a usted una mala noticia. ¡Ya no es usted “inspector superior” del Callao! ¡Le han destituido a usted, querido Natividad!

Natividad se dejó caer en una silla, con la boca abierta, sin encontrar palabras para calificar la alegría con que el hombre por el cual lo había sacrificado todo, le anunciaba su desgracia.

Tenía una expresión tan cómica, que todos se echaron a reír. Entonces se levantó, furioso, y se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Le ahogaba la indignación. ¡Así aprendería a pasar semanas enteras sin ver a Jenny la obrera!

—¡No se marche usted tan pronto!—le gritó el marqués.—¡No se marche usted tan pronto, querido Natividad! Si le he dado una mala noticia, también tengo que comunicarle otra excelente. ¡Le

han nombrado a usted “inspector superior” de Lima!

Natividad se desplomó nuevamente sobre una silla, pero esta vez, loco de alegría.

—¡Esto es un sueño!—murmuró el buen hombre.

Y no sabía cómo expresar su reconocimiento al marqués, gracias al cual veía realizado su “sueño dorado”.

—¡Pero yo podía haberme muerto!—acabó por exclamar.

—¡Oh!—replicó sonriendo el marqués;— el nombramiento que me entregó el presidente de la República no es válido, evidentemente, sino en el caso de que usted viva... Pero, puesto que no se le han comido, puede usted vigilar a los indios...

—¡Chist!—dijo Natividad, en quien renacía la prudencia propia del policía.—¡Que nadie se entere!...

Oyóse la voz de Francisco Gaspar:

—Vamos a marchar a Francia, querido marqués. ¿Podré hablar en... mis... conferencias?...

—Dirá usted que ha tenido un sueño, mi querido académico, durante el cual ha podido usted contemplar en todo su esplendor y horror, las ceremonias del Perú antiguo.

—¿Y nosotros? ¿Creeremos algún día que todo ha sido un sueño?—preguntó en voz queda Raimundo a María Teresa, considerando con tristeza aquel rostro que bien a las claras decía que la realidad estaba aún muy reciente.

—Lo creeremos cuando recobremos los colores

—le respondió María Teresa que miraba, con el corazón oprimido, el pálido semblante de su prometido...—La verdad es—continuó—que al verme aquí, en este despacho, disponiéndome a tomar el té con mi tía y la buena Irene, y a dejarme mimar por todos vosotros; al mirar esos libros sobre los cuales me he inclinado tantas veces para alinear números, y ese copiador de cartas que aún espera la contestación a mi corresponsal de Amberes, ya sabes, Raimundo, aquello de: “Por ese precio no encontrará usted más que guano fosfático con un cuatro por ciento de azoe, y para eso...”, sí, al contemplar este cuadro familiar, en donde juega Cristobalito, al “vernos” a todos vivos después de haber estado en el Templo de la Muerte, no puedo menos de decirme: “¿No habré soñado?”...

TRÁGICA REALIDAD

EN aquel momento Natividad se despidió del marqués y abrió la puerta del despacho. De pronto retrocedió, lanzando una exclamación ahogada.

Un cuerpo, sostenido por la puerta, acababa de desplomarse sobre las baldosas del despacho. Y aquel cuerpo era el cadáver de un indio. María Teresa, que fué la primera en reconocerle, cayó de rodillas. “¡No, no! ¡Raimundo—exclamó—no hemos soñado!”...

Y lloró junto a Huáscar, que se había arrastrado hasta el umbral de aquel despacho de donde ella le había echado y que moría, con un cuchillo clavado en el corazón.

EPÍLOGO

ESTA historia necesita un epílogo, ya que en el último capítulo no tuvimos ocasión de hablar de Oviedo Huayna Runtu, ex empleado del Banco franco-belga de Lima, y último rey de los Incas.

Después de mil aventuras misteriosas en los Andes, que acaso relatemos algún día, perseguido sin tregua por la policía del excelente Natividad, con todos los indios que habían apoyado el levantamiento de García, Oviedo Runtu pidió cuartel.

Se le dejó la vida, a condición de que aconsejara sumisión a los últimos rebeldes. Condenado por un tribunal militar a extrañamiento perpetuo, obtuvo gracia por las artimañas de Natividad y el ex-comisario del Callao fué quien le proporcionó un empleo en Puno, en una sucursal del Banco franco-belga.

Allí, Natividad pudo vigilar todos sus actos y comprobar que no hacía ya nada para resucitar al

maravilloso "Raymi". Oviedo Runtu murió procaicamente después de haberse casado con una dama de Lima que había hecho un viaje al lago Titicaca sólo por conocer al último rey de los Incas. Se casaron y los viajeros que pasaban por Puno y a los cuales enseñaban el matrimonio real, sonreían cuando les decían que el rey ganaba en su escritorio ciento cincuenta "soles" al mes.

Un día en que algunas personas se burlaban de la modestia con que vivía la viuda del rey, a la que por mofa llamaban la "Coya", ésta contó que si ella y su marido hubiesen querido, hubieran sido los esposos más ricos de la tierra, pero los tesoros de los Incas, según dijo, pertenecen "a los muertos y a los dioses", y está prohibido tocarlos. Entonces le preguntaron si ella había visto aquellos tesoros.

La viuda contestó que su marido se los había enseñado, y contó infinidad de historias fantásticas a propósito de las riquezas del Templo de la Muerte, que nadie creyó, como es natural (1).

(1) El autor anónimo de las *Antigüedades y monumentos del Perú*, M. S., dice textualmente: «Es afirmación muy comprobada y generalmente admitida que existe en la fortaleza de Cuzco una sala secreta en que hay oculto un tesoro inmenso formado por las estatuas de oro de todos los Incas. Una señora que visitó la sala, doña María de Esquivel, esposa del último Inca, vive aún, y la he oído contar cómo la llevaron allí.

»Don Carlos, esposo de aquella señora, no vivía con el decoro de su rango. Doña María se lo echaba en cara alguna vez, dándose por engañada cuando se casó con un indio pobre pomposamente titulado señor o Inca. Tan a menudo se lo decía, que una noche exclamó don Carlos: «Señora, ¿queréis saber si soy

¡Tampoco creía nadie a los soldados de Pizarro cuando contaban que en el Perú herraban a sus caballos con herraduras de oro!

rico o pobre? Nunca veréis en el mundo señor o rey que posea mayor tesoro que yo.» Vendándole los ojos con un pañuelo, la hizo dar dos o tres vueltas y tomándola de la mano la obligó a andar un poco antes de quitarle la venda.

»¡Cual fué su sorpresa cuando abrió los ojos! Habría dado unos doscientos pasos, y bajado a un nivel poco profundo y se encontraba en una vasta sala rectangular en que vió, colocadas en zócalos junto a la pared, las estatuas de los Incas del tamaño de un niño de doce años, todas de oro macizo!

»Vió también muchos vasos de oro y de plata: —¡Era en efecto —dice— uno de los más magníficos tesoros del mundo entero!»





